

Triste camina el alarbe,
y lo más bajo que puede
ardientes suspiros lanza
y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
de ver, cada vez que vuelve,
que tan tiernamente llore
quien tan duramente hiere,
con razones le pregunta
comedidas y corteses
de sus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
sin excusarse obedece,
y á su piadosa demanda
satisface desta suerte.
—Valiente eres, capitán,
y cortés como valiente ;
por tu espada y por tu trato
me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y débote la respuesta,
por quien soy, y por quien eres.
Yo nací en Gelves, el año
que os perdisteis en los Gelves,
de una berberisca noble
y de un turco matasiete.
En Tremecén me crié
con mi madre y mis parientes.
Después que murió mi padre,
corsario de tres bajeles,
junto á mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una dama del linaje
de los nobles Melioneses,

extremo de las hermosas,
cuando no de las crueles ;
hija al fin destas arenas
engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura
que se hallarían claveles
más ciertos en sus dos labios,
que en los dos floridos meses.
Cada vez que la miraba
salía el sol por su frente
de tantos rayos vestido
cuantos cabellos contiene.
Mas ya la razón sujeta
con palabras me requiere
que su crueldad le perdone
y de su beldad me acuerde.
Juntos así nos criamos,
y amor en nuestras niñeces
hirió en nuestros corazones
con arpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
dulces lazos, tiernas redes,
mientras el plomo en las tuyas
libertades y desdenes.
Esta, español, es la causa
que á llanto pudo moverme :
¡ mira si es razón, que llore
tantos males juntamente !—
Conmovido el capitán
de las lágrimas que vierte,
parando el veloz caballo,
que paren sus males quiere.
—¡ Gallardo moro, le dice,
si adoras como refieres,
y si como dices amas
dichosamente padeces !

¿Quién pudiera imaginar,
 viendo tus golpes crueles,
 que cupiera alma tan tierna
 en pecho tan duro y fuerte?
 Si eres del amor cautivo,
 desde aquí puedes volverte,
 que me pedirán por robo
 lo que entendí que era suerte.
 Y no quiero por rescate
 que tu dama me presente
 ni las alfombras más finas,
 ni las granas más alegres.
 Anda con Dios, sufre y ama,
 y vivirás si lo hicieres,
 con tal que cuando la veas,
 pido que de mi te acuerdes.
 Apeóse del caballo,
 y el moro tras él descende,
 y por el suelo postrado
 la boca á sus piés ofrece.
 —Vivas mil años, le dice,
 noble capitán valiente,
 que ganas más en librarme
 que ganaste con prenderme.
 Alá se quede contigo,
 y te dé victoria siempre,
 para que extiendas tu fama
 con hechos tan excelentes.
 Apenas vide trocada
 la dureza desta sierpe,
 cuando tú me cautivaste.
 ¡Mira si es bien que lamente!-

XXII

El cautivo—I

(De D. Luis de Góngora)

Según vuelan por el agua
 tres galeotas de Argel,
 un aquilón africano
 las engendró á todas tres.
 Y según los vientos pisa
 un bergantín ginovés,
 si no viste el temor alas,
 de plumas tiene los piés.
 Mortal caza vienen dando
 al fugitivo bajel,
 en que á Nápoles pasaba
 en conserva del virrey,
 un español con dos hijas,
 una sol y otra clavel,
 que tuvieron á León
 por oriente y por vergel.
 Derrotóle un temporal,
 y ya que no dió al través,
 á vista dió de Morato,
 renegado calabrés.
 El tagarote africano
 que la español garza ve,
 en su noble sangre piensa
 esmaltar el cascabel.
 Peinándole va las plumas,
 mas el viento burla dél
 interpuesto entre las alas,
 y entre la garra cruel.
 Ya surcan el mar de Denia,
 ya sus altas torres ven,

grandeza de un duque ahora,
 título ya de marqués.
 De sus torres los descubren,
 y en distinguiendo después
 la cruz en el tafetán,
 la luna en el alquicel,
 ocho ó diez piezas disparan,
 que en ocho globos, ó diez,
 envuelve de negro humo
 al corsario su interés.
 Los brazos del cuerpo ocupa
 con fatiga y con placer
 el bergantín destrozado
 desde la quilla al garcés.
 El leonés agradecido
 al cielo de tanto bien,
 de libertad coronado
 dice, si no de laurel:
 —¡ Oh puerto, templo del mar!
 cuya húmeda pared
 antes faltará que tablas
 señas de naufragios dén.
 Fortaleza imperiosa,
 terror de África, y desdén,
 yugo fuerte y real espada
 que reprime y que da ley,
 defensa os debo, y abrigo;
 mi libertad vuestra es,
 y mi lengua desatada
 en alabanzas también.
 Con tus altos muros viva
 tu ínclito dueño, á quien,
 como á ti el Mediterráneo,
 la envidia le bese el pié.
 Inmortal sea su memoria
 en la gracia de su Rey,

por galardón proseguida,
 si comenzó por merced:
 que servicios tan honrados,
 y de Acates tan fiel,
 inmortalidad merecen,
 sino de vida, de fe. —

XXIII

El cautivo—II

(Anónimo)

Ageno de tener guerra
 está el valeroso Arnaldo,
 capitán de una frontera
 por el ínclito Fernando.
 Gozando está de su Celia
 con quietud y sin cuidado,
 cuando Muley Terráez,
 de Argel astuto corsario,
 viene á pagar el tributo,
 como quedó concertado,
 y porque viene de paz
 dan voces los de su bando:
 «Lanza ferro,
 »á terra, á terra.»
 Y los de la fortaleza,
 para seguro, disparan
 «apriosa, apriosa una pieza.»
 Poco le duró el contento
 á aquel capitán gallardo;
 pues que en trueque del rescate
 se le llevó el renegado
 á su bella esposa un día,

cuando vió que asegurado
de su gran traición vivía,
y ella salió por el campo.
De que la metió en su fusta,
con silencio y con recato
á los marineros dice :
«alza el ferro, ó corta el cabo.»
Y al cómitre silba y dice :
«leva, leva ;»
y los de la fortaleza,
«guerra, guerra,
»dispara apriesa una pieza.»

Hagan grandes luminarias,
dice Arnaldo alborotado ;
aunque en vano es trabajar,
porque van el mar surcando.
De su fuerza se despide
confuso y desesperado,
y siendo libre, se hizo
de un moro sujeto esclavo ;
el cual le llevó cautivo
á Argel, do fué rematado
tres veces en almoneda,
hasta ser del Rey comprado ;
y el cómitre silba y dice :
«leva, leva ;»
y los de la fortaleza,
«guerra, guerra,
»dispara apriesa una pieza.»

El capitán reconoce
á su cara esposa bella,
y aunque con las lenguas callan,
los ojos sirven de lenguas.
Servía Celia al Rey de paje,
el cual namorado de ella,
dice : —Si como eres sol,

fueras, Celia, luna bella,
de continuo me alumbrara
el claro de tal estrella. —
Celia respondió : — Señor,
no fué mi dicha tan buena. —
Y el cómitre silba y dice :
«leva, leva :»
y los de la fortaleza,
«guerra, guerra,
»dispara apriesa una pieza.»

Y como vido ocasión,
al rey le dice una siesta
cómo es Arnaldo su hermano,
que se hizo esclavo por ella.
El rey le replica y dice :
—Celia, gran mentira es esa,
porque nunca amor de hermano
hizo tal prueba y fineza.
Pero si dices verdad
haré con ti una franqueza,
de dar á ambos libertad
para que os vais á tu tierra. —
Y el cómitre silba y dice :
«leva, leva ;»
y los de la fortaleza,
«guerra, guerra,
»dispara apriesa una pieza.»

Celia le dijo : — Señor,
la verdad del caso es esta :
que es Arnaldo mi marido,
y yo fio en tu clemencia
que nos darás libertad. —
Dijo el rey : — Concédoos esa,
porque entendáis que entre moros
hay sangre, virtud, nobleza. —
Con esto los despidió,

dándoles mucha riqueza,
y á Muley Terráez quitó
por su traición la cabeza :
por lo que todos los suyos
muestran dolor y tristeza ;
y los de la fortaleza,
regocijados dan voces :
«dispara apriesa una pieza.»

XXIV

✕ El forzado de Dragut—I

(De D. Luis de Góngora)

Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo,
y ambos ojos en la tierra,
un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco són
del remo y de la cadena.
—¡Oh sagrado mar de España,
hermosa playa y serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!
Pues eres el mesmo mar,
que con tus crecientes besas
las murallas de mi patria
coronadas y soberbias,
dame nuevas de mi esposa,
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros,
que me escribe por sus letras;
porque si es verdad que llora

mi cautiverio en tu arena,
¡bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas!
Mas pues que no me responde,
sin duda alguna que es muerta;
pero no lo podrá ser,
pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado,
á nadie mataron penas.
Dame pues, sagrado mar,
á mi demanda respuesta,
si cual dicen es verdad
que las aguas tienen lenguas.—
En esto se descubrieron
de la religión seis velas,
y el cómitre manda usar
al forzado de su fuerza.

XXV

✕ El forzado de Dragut—II

(De D. Luis de Góngora)

Levantando blanca espuma
galeras de Barba-roja,
ligeras le daban caza
á una pobre galeota,
en que alegre el mar surcaba
un mallorquín con su esposa,
dulcísima valenciana,
bien nacida y muy hermosa.
Del amor agradecido,

se la llevaba á Mallorca,
 tanto á celebrar las Pascuas,
 cuanto á celebrar las bodas.
 Y cuanto á los sordos remos
 más se humillaban las olas,
 más se ajustaba á la vela
 el blando viento que sopla.
 Espiándola de atrás
 de una cala insidiosa,
 estaba el fiero terror
 de las playas españolas.
 Sobresaltóla en un punto,
 que por una parte y otra
 sus cuatro enemigos leños
 tristemente la coronan.
 Crece en ellos la codicia,
 y en estotros la congoja,
 mientras se queja la dama
 derramando tierno aljófar.
 —Favorable y fresco viento,
 si eres el galán de Flora,
 vágasme en este peligro
 por el regalo que gozas.
 Tú que embravecido puedes
 los bajeles que te enojan,
 embestilles en la arena
 con más daño que en las rocas:
 tú que con la misma fuerza
 cuando al humilde perdonas,
 sueles de armadas reales
 escapar barquillas rotas;
 salga esta vela á lo menos
 destas manos rigurosas,
 cual de garras de falcón
 blancas alas de paloma.—

ROMANCES CABALLERESCOS